

LA PREHISTORIA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por LUIS PERICOT

Hace un siglo la Prehistoria no se había difundido todavía entre nosotros y durante mucho tiempo fué actividad de geólogos y paleontólogos o de simples aficionados. No es, pues, extraño que nuestra Academia no se ocupara directamente de ella hasta hace relativamente pocos años.

En realidad, entre los que fueron no cabe señalar un académico al que pueda calificarse de especialista en la ciencia prehistórica.

Sin embargo, no puede negarse que los temas arqueológicos interesaron en la Academia y sin duda una rebusca paciente a través de las publicaciones y manuscritos que se conservan de los académicos del siglo XVIII nos mostraría un número insospechado de atisbos y preocupaciones en el campo de la primitiva historia de España.

Así lo indica, por ejemplo, el manuscrito conservado en la Biblioteca Mata de Ripoll con el trabajo de José de Vega y de Sentmenat *Disertación sobre las colonias de griegos en Cataluña*, que le fué encargado por la Academia y que presentó en 13 de febrero y 29 de julio de 1780, con la censura académica de Fray Pedro Nolasco Mora. Y no son menos indicadoras las 154 piezas arqueológicas que en 1888 la Real Academia depositó en el Museo de Santa Águeda.

No son ya desdeñables las aportaciones que desde el comienzo de siglo se deben a miembros de la Real Academia que han brillado en otros aspectos de la investigación. Por lo general, su labor se ha concretado de preferencia a los temas protohistóricos en relación con las primeras colonizaciones y con la vida romana, más que a los propiamente prehistóricos.

Gran figura de la Numismática fué el gerundense don Joaquín Botet y Sisó (1848-1917), el cual prestó gran atención a temas arqueológicos y bien merece que se le recuerde por su magnífico trabajo *Noticia histórica y arqueológica de la antigua ciudad de Emporio*, premiado por la Real Academia de la Historia y editado en 1879 y

que plantea en forma magistral los problemas de la antigua colonia focea. Pero concluye que siendo ciudad arrasada, de poco fruto serían en ella unas excavaciones, erróneo criterio que muestra que todavía era desconocido el valor de las excavaciones como método arqueológico. Su erudición se pone de manifiesto también en su discurso de ingreso en la Academia el 27 de diciembre de 1908. Este discurso intenta fijar la fecha de la fundación de Ampurias a base de las cerámicas y otros datos conocidos, sobre todo, las fuentes literarias. Le contestó otro erudito, don José Pella y Forgas, y los términos de su polémica son curiosos. Mientras Botet y Sisó, con razones arqueológicas, sostiene que la fecha de fundación había de fijarse en el siglo VI, Pella y Forgas, erróneamente, la rebaja hasta el IV. En otras publicaciones se ocupó Botet de temas prehistóricos. Así, por ejemplo, en su estudio sobre la provincia de Gèrona que forma parte de la *Geografía General de Cataluña*, dirigida por Carreras Candi (Barcelona, 1911).

Por su parte, Pella y Forgas (1852-1918) había entrado a fondo, a su manera, en el remoto pasado de su región, al escribir su *Historia del Ampurdán*. Numerosos capítulos iniciales de tan sugestiva obra están dedicados al Ampurdán primitivo. Allí se estudian los textos, como el de Avieno, mitos y vagas noticias como las referentes a los sardos, es decir, todo cuanto se podía decir en aquel momento sin acudir a las excavaciones a las que tampoco parecía inclinado Pella y Forgas. Si hoy su relato no tiene siempre una base científica, conserva el encanto de la historiografía romántica.

A una categoría semejante de prehistoriador *per accidens* pertenecía don Francisco Carreras Candi (1862-1937), erudito en tantos aspectos del pasado y al que se deben numerosos estudios en que se rozan temas de Prehistoria. Recordemos sus páginas dedicadas al origen de Barcelona en su magno volumen de la *Geografía General de Cataluña* dedicado a esta ciudad (Barcelona, 1910). En el «Boletín» de la Academia, II, pág. 88 y sigs., publicó un trabajo sobre los dólmenes de Piñana y Vilasar, acaso el primer trabajo de Prehistoria pura que se publicaba por la Academia. Su obra póstuma (1940): *La navegación en el río Ebro*, concede una parte importante a la época prerromana.

Podemos incluir aquí dos académicos que han cultivado la Arqueología de campo, ya que figuran entre los primeros excavadores de yacimientos protohistóricos.

Es uno de ellos el eminente sigilógrafo don Fernando de Sagarra y de Siscar, ingresado ya en 1890, quien excavó el poblado ibérico de Puig Castellar en Santa Coloma de Gramanet, donde realizó no-

tables descubrimientos durante varios años, publicando un artículo sobre dichas excavaciones en el «Boletín» de la Academia (III, páginas 88, 160, 233). En el «Boletín» publicaba entonces Juan Cabré varios artículos sobre sus excavaciones en Calaceite (IV, págs. 234 y 399).

El nombre de don Juan Rubio de la Serna (1834-1917) ha de incluirse aquí por derecho propio, pues su título para entrar en esta Academia fué el prestigio conseguido con sus estudios prehistóricos, en especial por sus afortunadas excavaciones en la necrópolis de Cabrera de Mataró. Rubio de la Serna, acaso por el ambiente de su tierra natal, Vélez Rubio (Almería), donde desde hacía unos decenios los ingenieros belgas hermanos Siret estaban realizando trabajos de excavación de gran envergadura, al trasplantarse a tierras catalanas siguió con sus aficiones iniciadas en aquellas ricas tierras del Sudeste y tuvo la suerte de dar con una estación protohistórica cuyos hallazgos causaron sensación en aquel momento.

Que Rubio de la Serna se sentía prehistoriador, nos lo demuestra su discurso de ingreso en la Academia, el 6 de marzo de 1904 y que versó sobre *Los primeros habitantes de España según la Historia y la Arqueología* y su artículo sobre la época de la Tène, publicado en el «Boletín» (VI, págs. 39 y sigs.). En el primero intenta dar nuestro académico una síntesis del poblamiento prerromano para entrar luego en la reseña de los principales hallazgos prehistóricos. Se trata de un trabajo documentado que muestra una cierta erudición, al corriente de las últimas novedades científicas, como la del reconocimiento de Altamira. Pero la confusión y pobreza de la síntesis intentada son evidentes. Estábamos en el umbral de la ciencia prehistórica española.

Por estas razones resulta decisivo y abrumador el contraste con otro discurso de ingreso pronunciado dieciocho años después, el 16 de julio de 1922, por don Pedro Bosch Gimpera. En él se plantea la reconstrucción del pasado remoto de Cataluña a base tanto de los datos arqueológicos como de los lingüísticos. Lo que en Rubio de la Serna es ciencia en embrión, de aficionado, es ya ciencia madura y profesional en el trascendental discurso de ingreso del profesor Bosch, que es el punto de partida de la escuela prehistórica barcelonesa.

Con lo dicho basta para justificar nuestro aserto de que la Prehistoria y Protohistoria hispanas han tenido en la Real Academia de Buenas Letras constantes e insignes cultivadores.